

## HISTORIA POLITICA DEL REINADO DEL SULTAN NASRI YUSUF I

NACIMIENTO Y NIÑEZ DE YUSUF I.—SU FISONOMÍA Y SU CARÁCTER.—SU FORMACIÓN RELIGIOSA, LITERARIA, ARTÍSTICA Y CIENTÍFICA

**L**A ascendencia del sultán Yūsuf I es la siguiente: Yūsuf ibn Ismāʿīl ibn Faraʿy ibn Ismāʿīl ibn Yūsuf ibn Muḥammad ibn Aḥmad ibn Muḥammad Jamīs ibn Naṣr ibn Qays al-Jasraʿī al-Anṣarī<sup>1</sup>. Como todos los monarcas de esta dinastía que tuvieron el *ism* o nombre propio de Yūsuf, tomó la *kunya* o prenombre de Abū-l-Ḥayyāy, adoptó el laqar o título honorífico de al-Gālib bi-l-lāh y se consideró *Amīr al-Muṣlīmīn* o Príncipe de los musulmanes.

Yūsuf I nació en el palacio de la Alhambra el día 28 de rabīʿ H año de 718=28 junio 1328<sup>2</sup>. Su madre, llamada Baḥāra, fue una concubina de origen castellano que formó parte del harén de su padre, el sultán Abū-l-Walīd Ismāʿīl.

Hijos de Abū-l-Walīd, fueron también Ismāʿīl de su esclava Qamar, y Muḥammad, Faraʿy, Fāṭima y Maryam de su esclava ʿUlwa.

Estas dos hijas de Abū-l-Walīd contrajeron matrimonio con parientes suyos, uno de los cuales fue el arráez Abū-l-Hasan, ʿAlī ibn Abū-l-Hasan ʿAlī ibn Faraʿy ibn Naṣr<sup>3</sup>.

Ibn al-Jaṭīb nos dejó la siguiente descripción del sultán Yūsuf I: «Era de tez morena, fuerte, de buena figura y mejor carácter. Poseía dientes centelleantes, ojos grandes, cabello negro y lacio, espesa barba, hermoso

<sup>1</sup> Cf., Ibn Jaldūn, *ʿIṣṣar* (ed. Cairo), IV, 170; Maqqarī, *Azhār* (ed. Cairo), I, 162.

<sup>2</sup> Cf., Ibn al-Jaṭīb, *Lamḥa* (ed. Cairo, 1949), 100; Nubāḥ, apud Lafuente *Inscripciones*, 63.

<sup>3</sup> Cf., *Lamḥa*, c.s., 89.

rostro y clara voz, que se escuchaba con agrado. Sobresalía del resto de la gente por su noble figura y su extremada belleza. Dios lo dotó de gran inteligencia y su criterio era muy respetable. Ingenioso y pensador, sabía prever el futuro, tenía habilidad para la mecánica. Era de natural pacífico, activo trabajador, y caprichoso amante de la arquitectura. Gustaba vestir con elegancia y coleccionaba adornos y armas. Procuró mantener buena amistad con todos los monarcas de su tiempo»<sup>4</sup>.

Nació Yūsuf I a los cinco años de subir al trono su padre. Este falleció el 26 de rayab de 725=8 julio 1325, cuando su hijo apenas había alcanzado los siete años. Su abuela paterna, la famosa ḥorra Fāṭima, hija del sultán Abū 'Abd Allāh Muḥammad III al-Gālib bi-llāh, se encargó de su educación. Cuenta un historiador árabe que la abuela de Yūsuf era mujer de gran experiencia. Podía comparársele con «la piedra preciosa situada en medio del collar de la familia; era la mejor de todas las mujeres de los Banū Naṣr». Gozaba fama de ser amable con todo el mundo y conocía la historia de los reyes naṣrīs. Dedicó su vida a aconsejar y todos solicitaban su consejo, pues era como «una fuente de consejos útiles». Muy ilustrada, sabía a la perfección los orígenes y genealogías de todas las familias<sup>5</sup>.

Su nieto se nutrió tanto de su ciencia como con su experiencia. Escuchó atentamente sus consejos y siguió sus indicaciones, a través de toda su vida, pues la princesa Fāṭima no se apartó de su lado nunca y estuvo junto a él durante su niñez, su adolescencia y aun cuando alcanzó el trono, hasta que ella falleció.

Yūsuf le tuvo profundo respeto, la halagó con dádivas y la consideraba tan santa que solicitaba de ella que rogara a Dios por él. Utilizó la experiencia que su abuela había adquirido en su larga vida, hasta que fue enterrada en el cementerio de la rauda el 7 de dū-l-ḥiyya de 747=20 marzo 1347, cuando su edad había alcanzado los 90 años<sup>6</sup>.

El sultán Abū-l-Walīd Ismā'īl, padre de Yūsuf I, siguiendo la tradición familiar, confió la educación de sus hijos a los más distinguidos letrados y hombres de ciencia de su tiempo, duchos en la enseñanza de las materias que debía aprender un príncipe de la dinastía.

Yūsuf aprovechó estas enseñanzas y se nos presenta como un rey poeta, un hombre tranquilo y un gobernante paciente, cuya extremada afición por el arte se refleja en los edificios de gran belleza que mandó construir. Protegió a los sabios, fomentó la cultura y dedicó grandes fortunas

<sup>4</sup> Cf., *Ibidem*.

<sup>5</sup> Cf., Ibn al-Jaṭīb, *Iḥṭā* (ed. Cairo), I, 221.

<sup>6</sup> Cf., *Iḥṭā*, c.s., I-222. Ibn al-Jaṭīb cita el cementerio de la Alhambra con estas palabras: «maqbarat al-Yinnān, dāḥil al-Ḥamrā». Debe tratarse por el que conocemos por Rauda de la Alhambra.

a la construcción de escuelas y el pago de maestros y profesores. La principal de sus fundaciones docentes fue la madraza Yūsufiyya, de que más tarde me ocupo.

La corte del padre de Yūsuf I y de su hermano Muḥammad IV acogieron a muchos sabios, literatos y políticos, que contribuyeron a la formación de Yūsuf, tales como el gran ḥāyib o gran visir Abū-l-Nuʿaym Riḍwān ibn ʿAbd Allāh, el jeque Abū-l-Ḥasan ʿAlī ibn al-Tayyāb el historiador Ibn al-Jaṭīb y otros especialistas en religión, letras, ciencias, guerra y política.

Acabo de indicar cómo en la corte del padre de Yūsuf I y en la de su hermano Abū ʿAbd Allāh Muḥammad IV, habían tenido acogida los más distinguidos intelectuales granadinos, quienes contribuyeron a la formación científica y literaria de nuestro biografiado; pero no fueron solamente estos sabios cortesanos maestros suyos, sino que también lo formaron maestros extranjeros que llegaron a Granada y gozaron aquí de la confianza de los naṣrīs, los cuales los utilizaron además para educar a los príncipes.

Por otra parte, el sultán Abū-l-Walīd Ismāʿīl, padre de Yūsuf I, era un hombre profundamente religioso y de severas costumbres, como lo prueban sus disposiciones prohibitivas de la bebida, la prostitución y la asistencia de mujeres a las fiestas de los hombres<sup>7</sup>. Es evidente que esta conducta influyó notablemente en la educación de su hijo, quien, desde la niñez, aprendió los hábitos y costumbres que impone la prerrogativa regia.

Es justo concretar las cualidades personales de Yūsuf I, afirmando que amó las Bellas Artes y tuvo especial afición por la poesía; procuró fomentar la cultura de su pueblo, creando escuelas, protegiendo a los sabios y dejando monumentos arquitectónicos de impresionante belleza. Ibn al-Jaṭīb lo considera como el mejor de los reyes naṣrīs, como un hombre generoso, inteligente y equilibrado<sup>8</sup>.

Acreditan su extremado amor por las Bellas Artes los suntuosos edificios que mandó construir, especialmente ciertas estancias de la Alhambra tales como la puerta de la Explanada o de la Justicia y la Torre de Comares, con su Salón de Embajadores.

Su interés por la ciencia aparece patente en el patente impulso que imprimió a la enseñanza, creando numerosas escuelas y la madraza o universidad Yūsufiyya, cuya construcción encomendó al gran visir Abū-l-Nuʿaym Riḍwān ibn ʿAbd Allāh, en la cuantiosa dotación económica con

<sup>7</sup> Cf., *Liḥāṭa*, c.s., 1-395 y siguientes; y *Lamḥa*, c.s., 71-74.

<sup>8</sup> Cf., Ibn al-Jaṭīb, *Acemāl* (ed. León Provençal), 304.

que atendió a su funcionamiento y en el favor que dispensó a los maestros y alumnos que a ella concurrían.

Yūsuf tenía siempre abiertas las puertas de su palacio a los sabios y artistas de Oriente y del Occidente musulmán y entre ellos procuró elegir sus ministros y designó los miembros de la burocracia del reino. Premiaba a quienes sobresalían en su labor, con dinero y regalos que les entregaba solenemente en los días en que se celebraban festejos oficiales o religiosos<sup>9</sup>.

Pero, además, Yūsuf I no sólo fue protector de literatos y poetas, sino que él, personalmente, cultivó la poesía. Se cuenta que poseía no sólo inspiración, sino habilidad técnica y, sobre todo, gran facilidad para la improvisación. Ante cualquier bello espectáculo improvisaba versos.

Se conservan algunos fragmentos poéticos debido al numen de Yūsuf I. Su ministro Ibn al-Jaṭīb, en su libro «Al-Katība al-Kāmina fī Su'arā' al-Mi'a al-Tāmina»<sup>10</sup>, refiriéndose a los poetas del siglo VIII de la Hégira (XIV de la era cristiana), lo menciona entre ellos y otro tanto hace en su «Al-durar al-kāmina fī a'yan al-mi'a al-tāmina», el literato Ibn Naṣṣār al-Asqālānī<sup>11</sup>, haciendo ambos un detenido estudio y un encomiado elogio de la obra poética del sultán granadino.

Pero es el historiador tunecino al-Maqqarī quien, al ocuparse de las características que presenta la poesía de Yūsuf I recoge un fragmento de uno de sus poemas, cuya versión castellana damos seguidamente (metro ṭawīl):

«Los guerreros abandonan su país sin desearlo, y las vicisitudes encanecen la raíz de mi cabello».

«La noche alegre estaba inquieta, y la gente guardaba silencio porque no sabía nada».

«A cambio vendría otra noche de amor, que regocijará al ausente».

«No pueden superarme del combate, ni la de ojos chispeantes y hechiceros, ni la de cintura estrecha y que fuera centro de los jardines».

«Ni la que danzase durante la noche, en presencia de poderosos reyes, ni la que, tendida en el diván, los atrajese con su hermosa figura».

«Brindamo con generoso vino al final de la noche, con ese vino que embriaga a los jinetes y los hace tambalearse sobre los camellos».

«Si caminamos una jornada sobre el camello, adelantamos otras con veloces caballos».

«Hsta encontrar a Mūsà con al-Jadīr como un milagro, ojalá venga el fin como el fin de Mūsà y Ṭāriq».

<sup>9</sup> Cf., *Lamha*, c.s., 100.

<sup>10</sup> Cf., Ms. n.º 2.291-K de la Biblioteca General de Rabat, II-450.

<sup>11</sup> Cf., Ms. en la Biblioteca General de Rabat y ed. de Delhi (1384 H.), IV-450.

Cuenta al-Maqqarī que estos versos fueron escritos por Yūsuf cuando se encontraba al frente de un ejército guerreando por la cercanías de Gibraltar<sup>12</sup>.

Como vemos, en este «improntu», Yūsuf explica cómo los soldados dejaron su país sin desearlo, doliéndoles la expatriación, pero abandonando patria y familia para obtener el honor de la victoria, ante la cual lo demás tiene poco valor porque la patria está por encima de todo. Los que guerreaban tendrían a cambio el reconocimiento y el respeto de su patria, aunque la desgracia le encanezca el cabello.

Seguidamente escribe Yūsuf que hay silencio en la noche y silencio en las familias y amigos, que se encuentran lejos del lugar de la guerra y no saben nada acerca de los guerreros, por lo que pasan sus noches inquietos y doloridos.

Sin embargo, las enamoradas abrigan la esperanza de pasar otras noches más felices cuando vuelvan los auentes.

En el cuarto verso, expresa Yūsuf su elevado amor a la patria. Prefiere luchar para defenderla, a darse a los placeres, a las mujeres de bellos ojos o delgado talle, que no le incitarían a abandonar el combate. Afirma que ha de marchar por el sendero de la guerra, para obtener el reconocimiento de la patria, ya que ésta era la aspiración que a todos unía.

Al final, nos cuenta cómo halla fácil de recorrer el camino, gracias a sus buenos caballeros y cómo abriga la confianza de llevar a buen término la guerra y obtener el triunfo deseado, de la misma manera que los primeros árabes triunfaron en al-Andalus, bajo el mando de Mūsà y Tāriq.

En esta casida, Yūsuf I manifiesta un alto sentido del honor militar, su extremado amor a la patria y su confianza en la victoria. Su lenguaje es llano y su expresión dulce, notas ambas características en la obra poética del sultán granadino y que aparecen más patentes en sus fragmentos eróticos. He aquí la versión castellana de uno de ellos, conservado también merced a al-Maqqarī (metro basī).

«Todo el mundo comprende mi adoración por estos bellos ojos, que, al parecer, dislocan a la gente».

«Los rabillos de esos ojos son como una afilada espada de la India. Aunque reina la paz entre nosotros, esa espada ha herido mi corazón»<sup>13</sup>.

En estas composiciones Yūsuf I se nos muestra como un poeta culto, seguidor de la escuela clasicista; pero cultivó también la poesía popular. El qāḍī Sihāb al-Dīn ibn Faḍl Allāh, contemporáneo de Yūsuf, asegura

<sup>12</sup> Cf., Maqqarī, *Nafh* (ed. Cairo, 1939-1942), VI-39.

<sup>13</sup> Cf., *Nafh*, VI-39.

que éste tenía «buena mano» para la composición de la *muwaššha*<sup>14</sup>, vehículo de expresión preferentemente utilizado por los poetas populares, como es sabido.

Ciertamente que, por aquel tiempo, la *muwaššha* tuvo cultivadores no sólo entre los poetas del pueblo, sino también entre los cultos y no dejaron de componerla los príncipes y magnates andaluces aficionados a la poesía, cosa que no ocurrió en Oriente.

*El ambiente político granadino y la ascensión de Yūsuf I al trono de Granada.*

En tiempos de Muḥammad IV, hermano y antecesor de Yūsuf I, el ejército andaluz estaba bajo la suprema jefatura de un caudillo africano, quien ejercía mando tanto sobre las tropas granadinas, como sobre las milicias marīnīes, que formaban parte de aquel ejército. Esto venía ocurriendo desde que reinaron los primeros nasrīes. El caudillo africano, jefe supremo del ejército granadino, era conocido por *šayj al-guzāa*, expresión que ha sido traducida por «maestre de los voluntarios de la fe» y tal dignidad estaba atribuida a un príncipe de la dinastía marīnī, que, a la sazón, reinaba en el Magrib al-Aqṣā. En la época de que me ocupo, el caudillaje se hallaba encarnado en una rama de dicha dinastía, la familia de los Banū-l-ʿUlā Idrīs ibn ʿAbd Allāh durante el reinado de los sultanes Ismāʿīl y Muḥammad IV, el jeque de esta familia y jefe supremo del ejército granadino fue ʿUṭmān ibn Abī-l-ʿUlā. En un principio, la circunstancia de que tal jefatura estuviese atribuida a un caudillo africano implicaba cierta dependencia de Granada a Fez, al menos en los asuntos militares, pero al mismo tiempo afirmaba el acercamiento entre ambas cortes y estrechaba los lazos de amistad que las unían. Sin embargo, en otras ocasiones, y como vamos a ver seguidamente, el *šayj al-guzāa* fue causa que entibió las relaciones entre ambos reinos.

Antes de venir a España, el jeque ʿUṭmān ibn Abī-l-ʿUlā había pretendido el trono de los marīnīes, y en el mes de dū-l-qaʿda del año 706 = 4 mayo a 2 junio 1307, hallándose en el Norte de Marruecos, al ocurrir el fallecimiento del sultán reinante Abū Yaʿqūb, pretendió arrebatarlo a su hijo Abū Sālim, que era el legítimo heredero, alegando de una parte la perturbación que causaba en el reino la lucha entablada entre el citado Abū Sālim y su hermano Abū Tābit, quien también aspiraba a la corona; y de otra, su mayor experiencia para el gobierno del país y sus proezas militares anteriores. Seguido por un numeroso grupo de soldados

<sup>14</sup> Cf., Qalqaṣandī, *Ṣubḥ al-Aṣṣā* (ed. Cairo, 1915), V-260.

mariníes y por muchos beduinos, marchó hacia el Sur y después de conquistar algunas fortalezas, se proclamó a sí mismo sultán.

Abū Tābit fue finalmente vencido por su hermano Abū Sālim y a éste sucedió Sulaymān ibn al-Rabī<sup>c</sup>. Contra todos ellos se mantuvo rebelde <sup>c</sup>Utmān ibn <sup>c</sup>Abi-l-<sup>c</sup>Ulā, hasta que en el año 707=3 julio 1308, fue derrotado cerca de Fez por los ejércitos de Sulaymān<sup>15</sup>. Logró salvar la vida, pero perdió las esperanzas de alcanzar el trono mariní. Temiendo que el vencedor lo atrapara y ordenase su ejecución, decidió marchar a España, a donde llegó en el citado año de 1309, con su familia.

Apenas se presentó en la corte granadina, el sultán Abū-l-Yuyūš Narš lo designó *al-gā'id al-<sup>c</sup>amm*, o jefe supremo del ejército nasrī. Al frente de las tropas andaluzas y africanas luchó contra los cristianos españoles, obteniendo señaladas victorias, asegurando el trono nasrī, su propia vida y la de su familia. Se ganó el cariño y la gratitud de los monarcas granadinos, quienes desatendieron las demandas africanas de extradición de <sup>c</sup>Utmān, provocando por causa de ello el enojo del sultán mariní Abū Sa'īd, quien llegó a amenazarle con cortar la ayuda a al-Andalus. Ellos, sin embargo, prefirieron a la amistad de los monarcas mariníes la de <sup>c</sup>Utmān y, a partir de entonces, un ambiente hostil rodeó a las cortes de Fez y de Granada.

La actitud de los nasrīes era razonable. Los castellanos apretaban el cerco de al-Andalus, el reino granadino no se hallaba aún suficientemente consolidado y necesitaba un buen jefe militar que defendiera su territorio. Les venía a la medida este valeroso jeque, ornado con los laureles de la gloria y que tenía a sus órdenes muchos y buenos guerreros marroquíes los cuales habían obtenido notables victorias en al-Andalus. Así lo justifica Ibn Jaldūn, quien aprecia y elogia en estos guerreros, las virtudes beduinas que se hallaban muy distantes del refinado vivir de los burgueses andaluces, pero que son eficacísimas para la guerra<sup>16</sup>.

Cuando tras el asesinato de su padre Ismā'īl subió al trono granadino Muḥammad IV en rayab del año 725=13 junio a 12 julio de 1325, surgió la discordia entre el nuevo monarca y los guerreros Banū Abi-l-<sup>c</sup>Ulā, cuyo jeque <sup>c</sup>Utmān, desobedeció las órdenes del sultán retirándose con sus tropas a algunas ciudades fronterizas del Sur de al-Andalus, y estableciéndose en Almería, con el apoyo que hubo de prestar a la rebelión el emir Muḥammad ibn Faray ibn Ismā'īl, tío del sultán y que pretendía apoderarse del trono aprovechándose de las disputas que mantenían su sobrino el sultán y los Banū Abi-l-<sup>c</sup>Ulā.

Se atrajo, pues, a esta familia que se unió a su causa e intervino en las

<sup>15</sup> Cf., *elbar*, c.s., VII-237.

<sup>16</sup> Cf., *elbar*, c.s., IV-172.

luchas domésticas que bien pronto degeneraron en guerra abierta en la que no había vencedores ni vencidos ya que unas veces la victoria fue para el sultán y otras para los rebeldes. Sólo ante los ataques castellanos que lograron la reconquista de Vera y de otras fortalezas cercanas<sup>17</sup>, se dió término a la fratricida lucha. Muḥammad IV decidió pactar con los Banū-l-ʿUlā y convino una tregua con su jeque ʿUṭmān, en virtud de la cual entregó a éste el gobierno del distrito accitano.

Como consecuencia de la rebelión, las buenas relaciones entre Granada y Fez quedaron restablecidas y nuevamente el sultán marīnī reclamó la extradición del jeque ʿUṭmān, la de su familia y la de sus compañeros.

Temieron los Banū Abī-l-ʿUlā que el monarca granadino accediese a la petición del marīnī y resolvieron deshacerse de Muḥammad IV, antes de que éste los devolviera a Fez. Dieron encargo del asesinato a un taifa beréber que cumplió eficazmente el encargo alanceando al sultán, cuando éste venía camino de Granada, después de haber recuperado Gibraltar, en el mes de ḡū-l-ḥiyyā del año 733=13 agosto a 11 septiembre 1333. Los asesinos abandonaron el cadáver de Muḥammad IV en un sendero donde permaneció varios días, hasta que luego fue trasladado a Málaga, en donde recibió sepultura<sup>18</sup>.

Hemos dicho que los Banū Abī-l-ʿUlā habían logrado victorias en beneficio del trono granadino, consolidándolo frente al ataque castellano. Sin embargo, eran como una espina clavada en el corazón de los Banū Naṣr, pero una espina que, a pesar del dolor que les causaba, necesitaba ser cuidada con mimos.

Después del asesinato del sultán Muḥammad IV, los Banū Abī-l-ʿUlā, siguiendo su política, decidieron entronizar al hermano del difunto, Abū-l-Ḥaṣṣā Yūsuf y lo proclamaron sultán de Granada, en un lugar llamado Wādī al-Saqqāʾīn, en las afueras de Algeciras, el 13 de ḡū-l-ḥiyyā de 733=25 agosto 1333, cuando contaba solamente 15 años y 8 meses de edad<sup>19</sup>, pensando que, al obrar así, el nuevo monarca les sería propicio.

Sin embargo, aunque Yūsuf subió al trono siendo tan joven, su educación y su carácter le habían dotado de excelentes condiciones para la práctica de la política y no dejándose influir por las circunstancias que habían concurrido en su entronización, entregó el gobierno al que había sido gran visir de su hermano, el ḥāyib Abū-l-Nuʿaym Riḍwān, el cual gozaba de generales simpatías entre sus conciudadanos que alabaron la decisión del

<sup>17</sup> Cf., *Iḥṣā*, c.s., I-154.

<sup>18</sup> Cf., *al-bar*, c.s., VII-244-263; y *Aḥmād*, c.s., 344.

<sup>19</sup> Cf., *Lamḥa*, c.s., 89.



sultán. Riḍwān se encargó del poder en el mes de muḥarram del año 734 = 12 septiembre-11 octubre 1333<sup>20</sup>.

*La política interior durante el reinado de Yūsuf I.— La reorganización del estado naṣrī.— Obras públicas, fundaciones docentes y fortificaciones militares.— Los contactos del sultán con su pueblo.— La prosperidad de las ciudades andaluzas.— La gran epidemia.— La ruina de los jefes africanos.*

Los sultanes naṣrīs tuvieron como forma de gobierno la que fue común a todas las comarcas medievales, es decir, reinaron como reyes absolutos, concentrando en sus manos todos los poderes y reservando para sí la resolución final de todo género de asuntos.

Consecuentemente, el sultán mandaba a su antojo aunque estuviese asesorado por uno o varios visires o ministros, un jefe o arráez del dīwān real y un caudillo militar, en los cuales, a veces, delegaban algunos de sus poderes. Sin embargo, estas autoridades no podían obrar por iniciativa propia y sus determinaciones habían de ser previamente aprobadas por el monarca, quien libremente aceptaba o rechazaba, según su mejor criterio, las propuestas que le formulaban.

A lo largo de su reinado, Yūsuf I siguió esta línea de política absolutista, común a sus antecesores y a los monarcas de otros estados contemporáneos suyos; salvo en los primeros años de su mando, porque entonces era un joven adolescente, que aún no había alcanzado la mayoría de edad, la cual, en derecho islámico, se adquiere a partir de los 18 años. En estos primeros momentos de su reinado, y como es natural, Yūsuf I se dejó influir por los cortesanos que le rodeaban, entre los cuales había políticos inteligentes, como luego veremos, capaces de hacer frente a la pesada carga y a las graves responsabilidades que tenía que afrontar el monarca, tanto desde el punto de vista de la política interna como respecto de la política exterior.

El primer grave problema, de régimen interno, que se planteó en la corte de Yūsuf I, fue el de las consecuencias a que dio lugar el asesinato de su hermano y antecesor en el trono, asesinato perpetrado como hemos visto por orden de los caudillos militares maríníes que seguían la facción de los Banū-l-ʿUlā. Por otra parte, las relaciones con los reyes cristianos españoles y con los musulmanes del Noroeste de Africa, constituían también un grave problema que preocupaba a los gobernantes naṣrīs.

Yūsuf I fue recibido con unánime asenso no sólo por los cortesanos,

<sup>20</sup> Cf., *l. h. q.*, c. s., 1-333.

granadinos, sino también por la totalidad del pueblo andaluz. No surgió una discrepancia ni hubo, como en otras ocasiones, el más leve conato de rebelión. El reinado de Yūsuf I comenzó en un ambiente de paz y tranquilidad que presagiaba la posibilidad de realizar una labor política altamente beneficiosa para los intereses del reino.

Cuando Yūsuf I subió al trono, los principales personajes que integraban la corte *naṣrī* eran, de una parte, el jeque y arráez Abū-l-Hasan ʿAlī ibn al-Yayyāb, jefe del *dīwān al-Inṣāʾ*; el jeque ʿAbd Allāh ibn Saʿīd ibn al-Jaʿīb, padre del célebre polígrafo granadino, muy allegado a la corte; el liberto Abū-l-Nuʿaym Riḍwān, que había ejercido el visirato con Muḥammad IV; el propio Lisān al-Dīn ibn al-Jaʿīb, que más tarde alcanzó un visirato y que desde los primeros momentos fue confidente del rey, y por último el alcalde Abū-l-Ḥasan ʿAlī ibn Kumāṣa, consejero militar que, además, llevaba la política exterior y fue embajador de Granada ante los monarcas castellanos. Estos personajes constituían el Consejo Real. Le rodeaban otros hombres eminentes como el célebre escritor Ibn Yūsā al-Kalbī.

El primer visir que tuvo Yūsuf I fue Abū Ishāq Ibrāhīm ibn ʿAbd al-Barr, quien hubo de ocupar este cargo merced a la influencia que sobre el joven monarca ejercieron algunos de sus cortesanos. El gobierno de Ibn ʿAbd al-Barr, fue breve y pasó sin pena ni gloria. Cuentan los historiadores árabes que estaba encargado de la recaudación de impuestos y que los grandes rentistas pensaron que al elevarle al ministerio les favorecería económicamente. Ibn ʿAbd al-Barr cesó en su cargo el 3 de muḥarram de 734=14 septiembre 1333, a las pocas semanas de haber sido designado para ocuparlo<sup>21</sup>.

Le sucedió en el visirato un personaje de mucha mayor categoría política, durante cuyo mando se realizaron en Granada importantísimas obras de muy diversa índole. Nos referimos a Abū Nuʿaym Riḍwān, de quien después nos ocupamos con cierta extensión. Los granadinos conocían las excelentes dotes políticas que poseía este hombre y su nombramiento causó general satisfacción, no sólo entre los cortesanos y notables del reino, sino,

La designación de Riḍwān para el visirato hizo desvanecer las esperanzas, entre el pueblo. El mandato de Riḍwān duró largo tiempo.

La designación de Riḍwān para el visirato hizo desvanecer las esperanzas que los Banū-l-ʿUlā habían concebido de hacerse de las riendas del gobierno granadino; pero, sin embargo, tanto Yūsuf como su ministro Abū Nuʿaym, obrando con mucha sagacidad política no defraudaron totalmente a este grupo, cuya amistad les interesaba mantener, de momento, y confirmaron en la jefatura del ejército andalub al alcaide Abū Tābit ʿAmir ibn Idrīs, jeque de la familia, a pesar de que su directa interven-

<sup>21</sup> Cf., *Lamḥa*, c.s., 90.

ción en el asesinato de Muḥammad IV les era perfectamente conocida, difiriendo, para la ocasión propicia, separarle de los importantes cargos que ostentaba.

Para el mando del ejército que guarnecía la capital del reino, Yūsuf I designó al alcaide Abū-l-Hasan ʿAlī ibn Kumāša, el cual, como hemos indicado anteriormente, llevaba, además, los asuntos exteriores y en particular las relaciones entre Granada y Castilla, tanto por el tacto político que poseía, como por lo bien visto que era en el reino castellano.

En el cargo de Qāḍī-l-Yamaʿa o juez supremo del reino, Yūsuf I confirmó al jeque Abū ʿAbd Allā Muḥammad ibn Yaḥyā al-Aṣṣarī, el cual venía desempeñándolo desde el reinado de Muḥammad IV.

Cuando Abū Nuʿaym Riḍwān cayó en desgracia, Yūsuf I lo sustituyó en el visirato por Abū-l-Hasan ibn ʿAlī ibn al-Mawl ibn Yaḥyā ibn al-Mawl el Omeya; y a éste por Abū-l-Hasan ibn Yayyāb. El último visir de Yūsuf I fue el célebre polígrafo granadino ibn al-Jaṭīb. Fueron, pues, cinco los ministros que, sucesivamente, gobernaron en Granada durante el reinado de Yūsuf I. De cada uno de ellos nos ocupamos con cierta extensión en el capítulo referente a la corte de este sultán <sup>22</sup>.

La organización del estado naṣrī, la ordenación de su gobierno y el escalonamiento de los funcionarios principales quedó establecida en tiempos de Yūsuf de la forma que seguidamente explicamos:

El gobierno central estaba presidido por un ḥāyib o gran visir, cuando había más de un ministro. El cargo de ḥāyib lo ostentó Abū Nuʿaym Riḍwān. Las autoridades civiles dependían directamente del visir y en cada provincia o distrito gobernaba un wālī denominado también ʿāmil, que venía a ser algo análogo al gobernador civil de una provincia en nuestro tiempo. Del wālī dependían directamente tres distintas autoridades; la judicial, encarnada en el qāḍī o juez; la religiosa, en el jaṭīb o predicador y el imām o director de la oración; frecuentemente atribuida a la misma persona, la policíaca que correspondía al šāhib al-madīna, denominación que, a veces, alternaba con la de šāhib al-šurta o jefe de la policía; y, finalmente, el muḥtasib o jefe del mercado quien ejercía una jurisdicción de carácter policial y gozaba de una competencia de carácter jurídico para conocer en cuantos asuntos afectaban a la organización de la buena marcha del mercado y de la artesanía, con independencia del šāhib al-madīna y del qāḍī de la ciudad. Del muḥtasib dependían los amīnes y los carifes, o jefes de gremios.

<sup>22</sup> Cf., *Iḥṣāʾ*, c.s., I-339 y ss.; *Lamḥa*, c.s., 50, 101 y ss.; *Nash*, c.s., III-70, 74 y 197, *Al-Nubḥā al-Yuḍmī*, *Marqaba*, apud. ed. Levi-Provençal (Cairo, 1948), 141 y ss.

En la capital del reino y dependiendo directamente del sultán, radicaba el qāḍī-l-ḡamā'a, denominado también jaṭīb al-ḡamrā' que era el juez supremo del reino y asesor teológico-jurídico del sultán.

También dependiendo directamente del sultán, funcionaba el rā'īs al-dīwān al-inṣā' o jefe de la cancillería real, quien tenía a sus órdenes a los kuttāb o funcionarios de dicha cancillería.

El šayj al-guzāa o gran maestro de los voluntarios de la fe, gozaba, en lo que respecta a asuntos militares, de absoluta autoridad. Era el jefe de las milicias africanas y el gran caudillo de las fuerzas que operaban en la frontera. Dependían directamente de él los Quwūd al-aqālīm o jefes de los distritos militares. La autoridad del šayj al-guzāa quedó considerablemente mermada después de la batalla de Tarifa o del Salado.

En la capital del reino, la autoridad militar estaba encarnada en el qā'id Garnāṭa, cargo análogo al de un gobernador militar de nuestro tiempo, el cual tenía bajo su mando los ḡurras al-madīna, que era la guarnición de dicha capital <sup>23</sup>.

Las importantes obras públicas realizadas durante el reinado de Yūsuf I justifican cumplidamente el calificativo de rey sabio con que se le conoce en la Historia.

Primeramente consolidó una buena parte de los palacios de la Alhambra, construyó la puerta de la Justicia o de la Explanada, la Torre de Comares y el Salón de Embajadores y la Torre de la Cautiva. De estas construcciones nos ocuparemos con más detenimiento al tratar del movimiento artístico en tiempos de Yūsuf I.

Importantísima fundación docente fue la Madraza de la capital del reino para la cual, por iniciativa del ḡayīb Abū Nu'aym Riḡwān, Yūsuf I mandó construir un soberbio edificio en un lugar situado frente a la gran mezquita de la medina de Granada. Esta Madraza, generalmente conocida con el nombre de «Madraza Yūsufiyya» y también por el de «Madraza naṣ-riyya», llegó a construir el foco cultural más importante del occidente musulmán.

Yūsuf I la dotó de cuantiosos fondos para atender a su sostenimiento y de una copiosa biblioteca, a cuya constitución contribuyeron los intelectuales granadinos, donando manuscritos para incrementar sus fondos bibliográficos. Así consta que Ibn al-Jaṭīb entregó graciosamente para la biblioteca de esta madraza y correspondiendo a los favores que le había dispensado el sultán, un ejemplar completando su *Iḡāṭa*. En el documento

<sup>23</sup> Cf. Ennan, *Nihāyat al-Andalus* (Cairo, 1958), 110 y ss. El profesor Ennan recoge esta información de Maqqarī y otros autores y cita en su obra la procedencia de los datos recogidos, con indicación de autores, obra y páginas.

de donación se declara que el ejemplar donado se componía de doce tomos, y que todos ellos habían sido escritos por un único copista <sup>24</sup>.

El mismo Ibn al-Jaṭīb compuso unos versos en loor de la madraza y en alabanza de su fundador. Estos versos fueron grabados en uno de los muros del edificio y decía (ṭawīl) :

«Se pretende, con esta loable obra, la bendición divina, y la cosecha de ubérrimos frutos del árbol de la voluntad».

«De mí está orgullosa la capital del reino, cada vez que se presenta un adversario ante otro».

«La Madraza es útil para la vida más que la nieve y en la oscuridad sirve de guía y luce mejor que las estrellas».

«Oh ! viajero que viajas en busca de ciencia ; no es preciso que cruces el desierto, ni atraveses las olas del mar».

«Te ruego que dejes la maleta a mi puerta y no te dirijas a otra parte, porque ya has logrado el botín durante tu permanencia aquí».

«¡ Cuantos ulemas como estrellas brillan fuertemente en mi firmamento y cuantos cercos lunares han rodeado la luna llena !, y dando brillante luz para que sigas una clara dirección, y consejos y setencias útiles para la vida».

«Que Dios bendiga a Yūsuf, como yo lo bendigo, con mejores obsequios que a los tres reyes Banū Naṣr, para servicio de la religión y la cultura <sup>25</sup>».

La lápida fundacional se conserva en el Museo Arqueológico de Granada y la traducción de su texto, según don Emilio Lafuente Alcántara es la siguiente :

«Ordenó la construcción de esta casa de cultura que Dios la haga de recta dirección e iluminación y la perpetúe para las circunstancias religiosas, el Emir de los musulmanes— que Dios proteja con su sombra— el noble, el famoso, el valiente, el generoso, el feliz, el casto, el considerado, el famoso, el sultán digno Abū-l-Ḥaṣṣāy Yūsuf I, hijo del supremo, el generoso, el considerado, el famoso, el defensor, el virtuoso, el justo, el obedecido, el Emir de los musulmanes, el protector de la religión Abū-l-Walīd Ismāʿīl ibn Faraṣ ibn Naṣr, que Dios le recompense sus virtuosos hechos y reconozca sus santas luchas. Finalizó la obra en el mes de muḥarram del año 750=22 marzo a 20 abril 1349 <sup>26</sup>».

El ḥāyib Abū-l-Nuʿaym dotó de rentas, extremadamente generosas a esta madraza, llevó a ella el agua y construyó viviendas anejas al edificio central para habitación de los ṭolba. Cuenta Ibn al-Jaṭīb que la Madraza

<sup>24</sup> Cf., *Nafh*, c.s., IX-308-311.

<sup>25</sup> Cf., *Ibidem*, IX-186.

<sup>26</sup> Cf., *Nafh*, c.s., IX-186, que publica el texto árabe de la inscripción, traducidas, como indicamos, por don Emilio Lafuente.

Yūsufiyya llegó a ser única en el mundo, por la hermosura del edificio en que estaba instalada, el alcance científico de sus maestros y la extremada importancia de la labor que en ella se realizó <sup>27</sup>.

Los más conspicuos sabios del occidente musulmán contemporáneos de Yūsuf I y de sus inmediatos sucesores integraron el cuadro de los maestros de la madraza y en ella residía la escuela de juristas granadinos que capitaneaba el jeque Abū Saʿīd Faraʿī ibn Lubb, escuela que conservó la tradición de la cordobesa.

El primitivo edificio fue derribado en el siglo XVIII y hoy sólo queda de la Madraza Yūsufiyya la capilla u oratorio en que se halla el mihrāb.

Los historiadores árabes hablan de otras muchas obras públicas construidas por iniciativa o bajo el patronato de Yūsuf I, el cual dio un gran impulso a las industrias que florecían en algunas ciudades como Málaga y Almería; y el arrāz Ibn al-Vayyāb, aludiendo a las construcciones del sultán naṣrī compuso un poema de 48 versos, algunos de los cuales traducimos seguidamente (baṣīṭ):

«Con su feliz reinado se abrieron al mundo las puertas de la satisfacción permanente».

«Construyó magníficas fábricas que hicieron recordar al paraíso con sus jardines y su sombra».

«Lo mejor de ellas es que sborepasan a las estrellas y las alcanzan en el firmamento».

«Es un jardín donde el nombre del príncipe se mantiene perenne, con lo cual su reinado logró el cumplimiento de sus esperanzas» <sup>28</sup>.

Yūsuf I atendió con todo cuidado el fortalecer las fronteras y el interior de su reino y dedicó la máxima atención a la construcción de nuevos castillos y murallas y a la reparación de los ya existentes. En esta labor colaboró de manera muy activa el ministro Abū-l-Nuʿaym Riḍwā, hasta tal punto que algún historiador árabe atribuye a este ministro la iniciativa en la realización de ciertas obras de carácter militar, como las murallas con que fue cerrado el arrabal granadino del Albayzín y un gran número de torres y atalayas que fueron levántadas en el litoral de la costa mediterránea desde Vera hasta los alfores occidentales <sup>29</sup>.

Una de las fortificaciones más importantes construidas durante el reinado de Yūsuf I fue la de Baúl, en términos de Baza y del cual Ibn al-Jaṭīb cuenta que era «un bien de Dios, una gracia oculta que se manifestó en el reinado de Yūsuf». Situado en lugar preeminente desde el que se

<sup>27</sup> Cf., *Iḥṣāʾ*, c.s., I-516 y 517.

<sup>28</sup> Cf., *Naḥḥ*, c.s., VII-355 a 357.

<sup>29</sup> Cf., *Iḥṣāʾ*, c.s., I-33 y ss., y 317.

divisan amplios horizontes «su guarnición —continúa diciendo Ibn al-Jaṭīb— descubre fácilmente los escondrijos en que se oculta el enemigo. Su mole blanca se alza brillando como espada desnuda en la guerra y asegura la victoria en aquel desierto. Al llegar a él le hicimos nuestro saludo» <sup>30</sup>.

En tiempos de Yūsuf I se consolidó y amplió la fortaleza de Gibralfaro, que ya existía anteriormente, muy cerca de la Alcazaba malagueña. Parece que fue entonces cuando aquella fortaleza «que se asoma al mar desde la cumbre de un elevado monte» fu unida mediante un camino cubierto, a la citada Alcazaba.

Ibn al-Jaṭīb, de cuya «Lamḥa» proceden los párrafos cogidos entre corchetes, afirma que la consolidación y restauración de esta fortaleza poseía cuatro grandes puertas, una de las cuales daba acceso al camino cubierto que lo enlazaba con la Alcazaba, que estaba dotado de muchas y amplias cisternas y que contenían abundantes depósitos de armas <sup>31</sup>.

No es demasiado conocida la historia de Gibralfaro y los arqueólogos difieren acerca de la fecha de su primitiva construcción, pero los investigadores están de acuerdo en que sufrió varias restauraciones, de las cuales la primera conocida fue hecha en tiempos del emir omeya ‘Abd al-Raḥmān. Sabemos también que el sultán naṣrī Muḥammad II hizo en la fortaleza una nueva restauración, y, finalmente, en tiempos de Yūsuf I, fue totalmente reparada y ampliada <sup>32</sup>.

Ibn al-Jaṭīb nos dice en su «Iḥāṭa», que entre las obras realizadas por el primer ministro o ḥāyib Riḍwān por orden de Yūsuf I, se encuentra la de la muralla del Albayzín: «Rodeó —dice— el arrabal del Albayzín con una cerca, que la circundaba todas partes, en poco tiempo terminándola ahora» <sup>33</sup>.

Hay que identificar estas murallas con las que actualmente se denominan «Cerca de Don Gonzalo». Se ha dicho que estas murallas fueron construidas en la primera mitad del siglo XV con cargo al supuesto precio que por supuesto rescate había pagado el obispo de Jaén Don Gonzalo de Estúñiga, supuesto cautivo en Granada y de ahí el nombre de la cerca. También se ha dicho que lo fueron a comienzos del siglo XIV a costa de otro obispo de Jaén, Don Pedro Pascual, que murió cautivo de los naṣrīs.

Sabemos que en 1281, cuando Alfonso X entró en la vega de Granada aún no estaba construida y lo estaba ya cuando se escribió la continua-

<sup>30</sup> Cf., Ibn al-Jaṭīb, *Jaṭrat al-tayf*, apud. ed. Abbadi en *Muṣṣahadāt* (Aleandria, 1958), 31.

<sup>31</sup> Cf., *Lamḥa*, c.s., 96.

<sup>32</sup> Cf., *Lamḥa*, c.s., 96.

<sup>33</sup> Cf., *Iḥāṭa*, c.s., L-517.

ción de la «Crónica de España», de Rodrigo Jiménez de Rada, continuación mal atribuida a Don Gonzalo de Hinojosa y en este último supuesto se ha dado para la construcción de la cerca, la fecha de 1327 en que murió Hinojosa, pero, como indica el señor Balbás, siendo errónea la atribución de esta crónica al obispo Hinojosa, e ignorándose el autor y la fecha en que fue escrita quedaba sin aclarar la fecha de la muralla. El testimonio de Ibn al-Jaṭīb permite situarla después de mayo de 1329 en que Riḍwān fue nombrado visir por Muḥammad IV y antes de 1359 en que aquél murió siendo ministro de Muḥammad V.

La parte de muralla que hoy se conserva está detrás del arrabal actual del Albayzín N. La muralla alcanza más de un kilómetro de longitud y está cortada un poco antes de la puerta de Elvira <sup>34</sup>.

\* \* \*

Yūsuf I se mantuvo en contacto no sólo con sus súbditos de la capital naṣrī, sino, también, con los de todo el reino, a través de cuyo territorio realizó varios viajes para conocer y remediar, si ello era necesario, las necesidades de las ciudades y de los ciudadanos.

naṣrī, sino, también, con los de todo el reino, a través de cuyo territorio fi rihlat al-Sīta wa-l-ṣayf», uno de los viajes realizados por Yūsuf I a través de su reino. El texto árabe de esta epístola se conserva en el manuscrito misceláneo escurialense número 1.825, ocupando los folios 220 a 227 del mismo, ambos inclusive.

Fue el arabista alemán Müller quien, por vez primera, lo publicó. También se encuentra en otro manuscrito escurialense, el número 470, igualmente misceláneo y que ha servido a mi colega, el profesor egipcio Dr. Mojtar Abbadi, para una nueva edición de la epístola que inserta en su «Muṣāḥadāt» <sup>35</sup>.

No existiendo versión de esta obra en lengua moderna creemos conveniente dar aquí un extracto de su contenido que aporta curiosas noticias sobre muy diversos aspectos de la vida andaluza en tiempos de Yūsuf I.

Nos cuenta Ibn al-Jaṭīb, acompañante del sultán en este viaje, que la comitiva regia salió de Granada el domingo día 17 de muḥarram de 748 = 29 abril 1347 y regresó a la capital del reino el 8 de ṣafar del mismo año = 20 mayo 1347. Duró, pues, 22 días.

Dicha comitiva regia estaba integrada por el sultán, su guardia de honor y algunos personajes de la corte y precedida por los adalides que se-

<sup>34</sup> Cf., Seco de Lucena Paredes, *El ḥaṣīb Riḍwān, la Madraza de Granada y las Murallas del Albayzín*, en *Al-Andalus*, XXI (1956), 285-296.

<sup>35</sup> Cf., nota 53.



ñalaban el camino que había de seguir la comitiva a través de los montes. Detrás de los adalides marchaban los abanderados que llevaban la enseña roja con los distintivos de los nasrís.

La primera parada de la comitiva regia se hizo junto al río Fardes, donde descansaron una noche, emprendiendo nuevamente viaje al amanecer. Atravesaron el valle «Alhama» y llegaron a Guadix, que esperaba al sultán todo engalanado, saliendo a su encuentro la totalidad de los habitantes de la población, tanto hombres, como mujeres, ancianos y niños, encontrándose los balcones y azoteas llenos de doncellas.

Las autoridades de la ciudad, gobernador, jefes militares, jueces, alfaquíes, y los personajes notables del distrito, esperaban al sultán vistiendo el traje blanco, que era la etiqueta de entonces.

Se había construido una tienda de campaña sobre una colina desde donde se divisaba la ciudad y sus alrededores, y refiriéndose a esto dice Ibn al-Jaṭīb: «Recorrimos con la vista el rico distrito, y las plantas de su fértil tierra; Dios prefiere esta ciudad por su bello paisaje, su gran extensión, su río de aguas constantes; ciudad en donde los pájaros cantan, las nubes lloran y las flores ríen, y cuando sopla el suave céfiro las ramas bailan». Ibn al-Jaṭīb sigue con estos versos (kāmil):

«La paloma dio su collar a esta ciudad».

«Y el cisne vistió con el plumaje de sus alas».

«Sus ríos son raudales de generoso vino».

«Y los salones de sus palacios, la copa en que se sirven»<sup>36</sup>.

Alaba igualmente Ibn al-Jaṭīb la solidez de la fortaleza de esta ciudad y la bravura de su guarnición. Desde Guadix, la comitiva, pasando por algunos castillos, como el de Baul, construido por Yūsuf I, de gran importancia militar por su situación estratégica, se dirigió a Baza, de la cual dice Ibn al-Jaṭīb que era «mar de la comida, fuente de las numerosas fuentes, tantas como los días del año»<sup>37</sup>.

Los habitantes de esta ciudad salieron en gran número a recibir al sultán y también muchas mujeres llevando a sus hijos en brazos, y muchos niños pequeños en brazos de otros niños más grandes. Hubo una fiesta que hechizó la razón y «reunió la luna con las estrellas» (al-suhà) y «los leones con la hermosura».

Ibn al-Jaṭīb, al descubrirnos la ciudad, alude a la fama que tenían sus edificios, especialmente sus fuertes castillos, la mezquita de la gloria y la Puerta del Almizcle.

<sup>36</sup> Cf., *Jaṭrat*, c.s. Estos versos no son de Ibn al-Jaṭīb sino de Ibn al-Labbāna y pertenecen a su poema en elogio de Cartagena.

<sup>37</sup> Cf., *Ibíd.*

Luego, el sultán y su séquito continuaron hacia el Este, pasando por Caniles, donde había una gran explanada con arroyos y jardines en terreno de exhuberantes plantaciones y llegaron a la vega de «Al-Anṣār» de árboles altos y frondosos, de palmeras datileras, de agua fresca y dulce. Al avanzar la comitiva apareció ante su vista el castillo de Serón, erguido en lo alto de un monte y situado en un lugar de buen clima. Aquí descansaron algún tiempo continuando seguidamente, bajo la sombra de los árboles de las orillas del río Almanzora, sultán de todos los ríos, por lo que en esas orillas del río Almanzora, según lo que nos cuenta Ibn al-Jaṭīb: «¡Oh, qué asientos de ramas bamboleantes!, jardines de frutas al alcance de la mano; donde el río corre aprisa, serpenteando como un animal con manchas; una espada envainada en el fondo de las sombras, y juega ante mis manos, derecha e izquierda, como una serpiente. Unas veces aparece curvado, otras como un centro y otras redondeado como un globo»<sup>38</sup>.

Después llegaron a Purchena, de la cual dice Ibn al-Jaṭīb, que era «ciudad de famosos hombres, fuente de estrellas y luna, castillo fuerte adornado de estrellas y coronado de medias lunas», y continúa, «Llegamos a Purchena donde nos recibió una gran multitud compuesta por pequeños y grandes, vecinos y forasteros. Los guardias armados unos con flechas y otros con lanzas formaban una barrera, y todo constituyó una fiesta y un tiempo feliz»<sup>39</sup>.

El sultán y su séquito pernoctaron en esta ciudad y por la mañana prosiguieron su viaje entre montes y valles hasta llegar a Cantoría, en cuyo castillo, fuertemente defendido por murallas famosas por su solidez pasaron la noche.

Nos cuenta Ibn al-Jaṭīb, que estas ciudades orientales eran pobres, debido a la mala calidad de la tierra, a la abundante lluvia y a que, frecuentemente, los enemigos llegaban a ellas por sorpresa.

En una serie de frases graciosas nos da Ibn al-Jaṭīb cuenta de las pobreza de estas ciudades, y así, cuando habla de que el juez de Cantoría ofreció a la comitiva para comer una gallina, dice: «La ofrecieron los compañeros del juez, encima de sus cabezas, con un acompañamiento igual al de una boda; digo: ¡oh, compañeros! atrapó la niña del ojo, y una buena nueva»<sup>40</sup>.

Seguidamente la comitiva real continuó el viaje por la ribera del río Almanzora, en donde se encontraba la ciudad de igual nombre y en la cual hallaron los monumentos derruidos, las casas vacías y muy pobre su

<sup>38</sup> Cf., *Ibidem*.

<sup>39</sup> Cf., *Ibidem*.

Mezquita, a pesar de su fama; marchando luego por un lugar desértico hasta llegar a Vera, que nos describe Ibn al-Jatīb como «una ciudad atacada continuamente por el enemigo, al cual esperan asustados sus habitantes».

Esta ciudad posee amplios terrenos de pasto para los camellos, y un campo sembrado de cebada en el cual, gracias a la lluvia, de cada grano salen siete espigas <sup>41</sup>.

Al día siguiente los viajeros continuaron la marcha, conducidos por adalides de estos lugares, porque el camino que debían seguir era muy accidentado, con colinas y senderos difíciles de salvar, según lo que nos cuenta Ibn al-Jatīb: «un lugar de colinas del cual la cabra montés no puede salir y ni son útiles para salvarlo las pezuñas o los zapatos. Empleamos todo el día en subir y bajar por esas colinas y nos sentíamos como apresados en sus redes; bajamos desde la altura hasta la hondonada. Sufrimos todo género de fatigas y dificultades semejantes al sueño de un enfermo febril, o la inquietud de una persona con preocupaciones, o al letargo del narcotizado».

Caminaron de esta forma hasta llegar a un llano donde cazaron algunos animales comestibles, pues era un sitio rico en caza mayor y menor.

La última etapa de su viaje fue la ciudad de Almería, cuyos habitantes hicieron al sultán y a su séquito un apoteósico recibimiento, superando al de las otras ciudades por las que la comitiva real había pasado. Sobresalió especialmente la recepción de los tripulantes de los navíos de guerra surtos en el puerto y que lucían sus uniformes de gala.

El sultán Yūsuf I pasó revista a estos navíos, mientras que las bandas militares entonaban una marcha. Los marinos llevaban corazas iguales a las de los soldados castellanos, lo que nos indica que el ejército musulmán imitaba en su vestir al de los países cristianos y, además, sabemos que el reino de Granada compraba armas a Francia, especialmente de la ciudad de Burdeos, aunque poseía armas de fabricación propia.

También nos cuenta Ibn al-Jatīb, que los núcleos cristianos que vivían en Almería dedicados al comercio de importación y exportación, recibieron con gran entusiasmo al sultán y le llevaron el quitasol, cuyo puño era de madera de ébano y la tela de seda, por encima de la cabeza, quitasol que califica de «una nube encima de la alta luna, sobre la flor de la nobleza» <sup>42</sup>. Además, los cristianos construyeron hermosos arcos de triunfo en el camino por el que debía de pasar la comitiva.

<sup>40</sup> Cf., *Ibidem*.

<sup>41</sup> Cf., *Ibidem*.

<sup>42</sup> Cf., *Ibidem*.

Nos habla Ibn al-Jaṭīb, al hacer la descripción de Almería, del lugar estratégico que ocupaba, y dice: «capital digna de ser reino, sitio de paso de caravanas comerciales y de barcos; famosa por su antigua dignidad, preferida entre las ciudades vecinas; situada en un llano de tierra riquísima y de gran extensión, como el pecho de un hombre feliz, ordenada en su sitio por el arquitecto del Dios Poderoso y Sabio, descubierta a la manera de una hermosa que muestra sus encantos y mira su cara reflejada en el cristalino espejo del mar»<sup>43</sup>.

En el tercer día de su estancia en la ciudad, el sultán y su séquito visitaron la magnífica alcazaba, inspeccionando su guarnición, revisando su fortaleza y admirando los monumentos que allí construyeron los taifas.

El alcaide de la alcazaba acompañado de los caudillos militares y personajes importantes de la ciudad, recibió al sultán, al cual alabaron mucho los poetas, literatos e intelectuales.

Nos dice Ibn al-Jaṭīb, hablando de la importancia de la alcazaba: «Sunoria, cuyas aguas caen continuamente, tiene una música melancólica. Sus sótanos contienen reservas para muchos años. Las diferentes armas valen para guardar este lugar que nosotros protegeremos contra la desgracia».

«Saludamos en esta alcazaba el patio de Jayrān al-ḥamīrī y el palacio de Ibn Ṣumādīh y admiramos aquellos grandes monumentos, cuya realidad supera a toda descripción».

La comitiva permaneció cinco días en esta ciudad, emprendiendo después el regreso a Granada, pasando por las importantes ciudades de Pechina, Marchena, Fíñana y Guadix, en las cuales los habitantes volvieron a recibir entusiásticamente al sultán: «el lugar estaba lleno de gente hasta no caber más; las mujeres mezcladas con los hombres, los ilustres con las hermosas, hasta no poder distinguir el filo de las espadas de los soldados ni el rabo de los ojos de las mujeres, las coloradas mejillas, ni las rojas banderas»<sup>44</sup>.

Por este relato advertimos que las mujeres andaluzas no cubrían su rostro como las del mundo islámico. El Dr. Abbadi sospecha que acaso esto ocurriera por la proximidad de ciudades castellanas con el reino de Granada, y sigue diciendo Abbadi: «Otros muchos indicios señalan la verdad de estas palabras, pero siento mucho que estos indicios vengan solamente en las fuentes castellanas»<sup>45</sup>.

Al fin, la comitiva regresó a Granada, «madre de las ciudades y luga-

<sup>43</sup> Cf., *Ibidem*.

<sup>44</sup> Cf., *Ibidem*.

<sup>45</sup> Cf., *Ibidem*.

res, asilo de los parientes próximos y lejanos..., señora de las capitales, casa del reino de los Banū-l-Anṣā»<sup>46</sup>.

La narración que Ibn al-Jaṭīb nos ofrece de este histórico viaje, pone de relieve el carácter de Yūsuf I, su alto interés por apreciar personalmente las necesidades de sus súbditos y el buen deseo de favorecer el desarrollo de las ciudades de su reino. Aunque los gobernadores de los distritos enviaban periódicamente informes oficiales referentes a la marcha de los asuntos en cada provincia, informes que primeramente estudiaba el ḥāyib Riḍwān y, una vez estudiados, los pasaba a conocimiento del monarca, éste quería conocer personalmente el estado de su reino y resolver de acuerdo con su propia apreciación. Cuenta Ibn al-Jaṭīb que Yūsuf I escuchó las reclamaciones que le fueron formuladas en las varias ciudades y pueblos recorridos; oyó personalmente cuáles gozaban del beneficio de la lluvia y cuáles del perjuicio de las incursiones de los cristianos; visitó con detenimiento las fortificaciones militares que constituían principalísima defensa de su reino y conoció de visu la escuadra que guardaba las costas naṣrīs, tomando directo contacto con las tripulaciones y concediendo, de esta manera tanta importancia a los ejércitos de mar como a los de tierra.

La era de paz que disfrutó el reino granadino durante el reinado de Yūsuf I solamente interrumpida durante la batalla de Tarifa, facilitó el desarrollo económico y trajo la prosperidad a las ciudades andaluzas.

Ibn al-Jaṭīb nos habla de que dos de ellas, Málaga y Almería, adquirieron por este tiempo fama de ciudades industriales. En la dársena de esta última se construyeron numerosos navíos y la industria de la seda, a base del cultivo de la morera, alcanzó entonces su máxima celebridad. También entonces fueron muy beneficiados los yacimientos de hierro y mármol situados en los alrededores de aquella ciudad y al calor de ellos florecieron pequeñas industrias y artesanía que, juntamente con la de cristal y el cobre, imprimieron a Almería el carácter de ciudad comercial y trajo a sus habitantes verdaderos caudales de riqueza<sup>47</sup>.

Respecto de Málaga los talleres de cerámica vidriada alcanzaron por este tiempo su máximo auge y el literato Ibn Baṭṭūṭa, que visitó el reino granadino durante el reinado de Yūsuf I, nos habla del pingüe negocio que la exportación de esta cerámica significaba para los malagueños<sup>48</sup>.

Entre los años 749 y 750 de la Hégira = 1 abril 1348 a 10 marzo 1350, una terrible epidemia de peste azotó el reino granadino. El mal provenía de Oriente y se propagó a casi todo el Occidente entonces conocido.

<sup>46</sup> Cf., *Ibíd.*

<sup>47</sup> Cf., *Nafḥ*, c.s., I-247.

<sup>48</sup> Cf., *Iḥṣā*, c.s., I-247.

Víctima de esta epidemia perecieron muchos andaluces, políticos eminentes, sabios ilustres e intelectuales distinguidos, como el arráez Abū-l-Hasan ibn al-Yayyāb, el juez Aḥmad ibn Muḥammad e ibn Burṭāl, a quienes ya hemos citado, entre otros cuya lista sería interminable. Ibn Burṭāl falleció en Málaga a medianoche del viernes 5 de šafar de 750 = 25 abril 1349, y fue enterrado a la mañana siguiente con un millar de víctimas que la epidemia había causado en aquella ciudad dicho día.

El terrible azote conmovió a los andaluces y trajo días luctuosos al reinado de Yūsuf I. Tal mella hizo entre los granadinos la epidemia, que fue motivo inspirador de varias obras en las que se describe la enfermedad, se cuenta el estrago que causó y se apuntan los remedios para evitarla. Ibn al-Jaṭīb escribió acerca de esto una larga epístola titulada «Maḡna<sup>c</sup> at al-šā<sup>c</sup> ir fi-l-maraḡ al-hā'il» y en ella nos cuenta cuándo y cómo apareció la enfermedad, la rapidez con que se extendió por todo el reino, los síntomas de la dolencia las preocupaciones que se debían adoptar para evtarla y los remedios aplicables para su curación. Termina implorando de Dios que salve a sus conciudadanos de esta desgracia. Esta epístola se conserva en el manuscrito 1.785 de la Biblioteca Escorialense, que es misceláneo y fue editada y traducida al alemán por Müller <sup>49</sup>.

El poeta almeriense Ibn al-Jātima Aḥmad ibn ʿAlī ibn Muḥammad ibn ʿAlī ibn Muḥammad al-Anṣārī, escribió también otras obras tituladas «Taḡsīl al-maraḡ al-wāfid», que trata del mismo tema y que se conserva en el antes citado manuscrito, refiriéndonos cómo penetró la enfermedad en Almería, sus características, etc. Esta epístola ha sido objeto de versión castellana, que aún no se ha publicado por uno de los colaboradores de la Escuela de Estudios Arabes de Madrid.

Como ya hemos explicado, los naṣrīes acostumbraron, desde la fundación de su reino, a dejar el mando supremo del ejército a militares africanos, los cuales fueron conocidos en la historia de al-Andalus con el nombre de «Sayi al-Guzāa». Una conocida familia de estos militares emparentada con los marīnīes de Marruecos fue la de los Banū-l-ʿUlā y de esta familia un jeque llamado ʿUṭmān ibn Abī-l-ʿUlā.

El hecho de dejar el mando del ejército en manos de militares africanos era debido a varias razones y entre las más importantes cabe señalar las relaciones militares y de asistencia mutua que existían entre al-Andalus y Marruecos. Estos caudillos africanos constituían el punto de contacto entre Granada y Fez, contacto que precisaba el reino de Granada desde su fundación para defender su territorio contra el constante ataque de los cristianos.

<sup>49</sup> Cf., *Ibidem*.

Explicando al-Maqqarī los motivos por los cuales la jefatura del ejército nasrī estuvo atribuida a un jeque africano, dice: «Convinieron los sultanes nasrīes de Granada, que la dirección de los guerreros fuera confiada a un jeque descendiente de los Banū Marī, sultanes marroquíes, y fueron estos jefes los primeros que ocuparon el puesto de jeques guerreros de al-Andalus»<sup>50</sup>.

Comenzaremos relatando la historia de esta familia desde que aparece de la política de Marruecos, cuando dicho jeque °Uṭmān ibn Abī-l-°Ulā aspiraba a ocupar el trono de aquel reino.

Encontrándose en el año 1307 en el Norte de Marruecos se sublevó contra el sultán marīnī porque se sabía perteneciente a la familia reinante, se apreciaba jefe militar del ejército y, además, había reunido a muchos guerreros bajo sus órdenes, los cuales siguieron su mismo camino al igual que algunos beduinos. Todo esto con propósito de derrocar al rey de Marruecos y ocupar el trono. Se dirigió, pues, al Sur de Marruecos, tomando algunas fortalezas y proclamándose monarca, aprovechando la muerte del Sultán Abū Ya°qūb al-Marīnī, en dū-l-Qa°da 706 = Abril 1307.

Los hijos del sultán, inmediatamente después de la muerte de su padre, lucharon entre sí por la posesión del trono. Se llamaban estos hijos Abū Tābit y Abū Sālim, muriendo al final de la lucha Abū Tābit y subiendo su hermano al trono.

Así, pues, la familia de los Banū-l-°Ulā sentía altas aspiraciones y aparece en el escenario político con anterioridad a su marcha a al-Andalus y tomar aquí la jefatura del ejército de los nasrīes. Vinieron a España tras una derrota sufrida en Marruecos, cerca de Fez, en su lucha con el ejército del Sultán Sulaymān ibn al-Rabi° al-marīnī en el año 707 = 1309<sup>51</sup>, y después de haber perdido sus aspiraciones de reinar en Marruecos y temiendo por sus vidas. El jeque °Uṭmān llegó a Granada en ese mismo citado año.

Apenas se presentó en la corte, °Uṭmān fue nombrado jefe supremo de los ejércitos de al-Andalus, dirigiendo muchas batallas contra los castellanos y obteniendo sobre ellos brillantes victorias. De esta manera consolidó el trono de los Banū Naṣr y la seguridad de su propia familia. En compensación, los nasrīes lo estimaban y protegían y se negaron a devolverlo a Marruecos, cuyo sultán, Abū Sa°īd el marīnī, pidió reiteradamente su extradición y, al no conseguirla, llegó a amenazar con retirar la ayuda militar que venía prestando a al-Andalus; pero los nasrīes prefirieron caer en el enojo y padecer la enemistad de los marīnīes a traicionar al jeque, y así se creó un ambiente hostil entre la corte de Granada y la de Fez.

<sup>50</sup> Cf., *Naṣṣ*, c.s., I-247; e *Ḥikāya*, c.s., I-142.

<sup>51</sup> Cf., *Salāwī*, *Kitāb al-Istiqṣā* (ed. Casablanca, 1955), III-187.

Los Banū Naṣr tenían razón al adoptar esta actitud. Los castellanos estrechaban por entonces el cerco de al-Andalus, y el reino granadino, de reciente creación, necesitaba un buen jefe militar que lo defendiera. Este jeque tenía a sus órdenes muchos y buenos guerreros marroquíes agueridos para el combate que habían logrado muchas victorias en al-Andalus y que, como escribía Ibn Jaldūn, alabando sus virtudes guerreras, vivían de acuerdo con las costumbres beduinas y lejos de las normas de la burguesía andaluza <sup>52</sup>, que se caracterizaba por su malicia.

Reinando en Granada el sultán Muḥammad IV se entabló sorda lucha entre éste y los Banū-l-ʿUlā. Su jeque, ʿUṭmān, desobedeció las órdenes del monarca y se alzó luego en franca rebeldía, acogiendo con sus tropas en los distritos situados en la parte oriental del litoral andaluz y estableciendo su cuartel general en Almería. El príncipe Muḥammad ibn Faraʿy ibn Ismāʿīl, tío del sultán, se sublevó contra éste, y ʿUṭmān tomó partido por el rebelde. La familia Banū-l-ʿUlā y sus milicias africanas se agruparon en torno al emir Muḥammad y se entabló una lucha en la que la fortuna favoreció unas veces al sultán y otras al pretendiente. Los castellanos aprovecharon esta coyuntura y atacaron la frontera oriental del reino granadino, logrando conquistar la importante ciudad de Vera y otras fortalezas situadas en aquella región <sup>53</sup>.

Ante tales acontecimientos, Muḥammad IV decidió pactar con los Banū-l-ʿUlā y el jeque ʿUṭmān aceptó el gobierno de Guadix que, a cambio de su sumisión, hubo de ofrecerle el sultán granadino.

En el entre tanto, mejoraron las relaciones entre Granada y Fez y el monarca marínī reiteró a Muḥammad IV la solicitud de extradición de los Banū-l-ʿUlā quienes, temiendo que Muḥammad IV accediese a la petición del marínī, decidieron deshacerse de aquél.

Anteriormente hemos explicado cómo mandaron asesinar a Muḥammad IV y cómo, muerto éste, intervinieron y facilitaron la proclamación de su hermano Yūsuf I.

Tres años antes de la entronización de Yūsuf el jeque ʿUṭmān había fallecido, y su hijo, Abū Tābit ʿAmir, quedó como jefe de la familia Banū-l-ʿUlā.

Ibn al-Jaʿfī, que conoció personalmente a estos caudillos africanos, escribió sobre la tumba de ʿUṭmān ibn Abū-l-ʿUlā el siguiente epitafio que nos describe el carácter y condición de este jeque:

«Con la gracia de Dios. Esta es la tumba del jeque valiente, héroe famoso y guerrero aguerrido, león de los valientes, estandarte de celebrada-

<sup>52</sup> Cf., *Ibíd.*, III-135 y 136.

<sup>53</sup> Cf. *Nafḥ*, c.s., I-152.



des, defensor que combate a los destructores del Islam, jefe de los ejércitos triunfadores, que realizó famosas acciones, bien conocidas, imán de luchadores, que se alza en la puerta del Paraíso, bajo la sombra de las espadas, cuchillo de la guerra santa, quebrantador de enemigos, león de leones, de generoso carácter, valiente hasta el final, santo guerrillero, valeroso constante y sagrado, el difunto Abū Saʿīd ʿUtmān, hijo del notable jeque Abū-l-ʿAlā Idrīs ibn ʿAbd Allāh ibn ʿAbd al-Haqq, hombre original, sagrado, grandioso y famoso. Tenía 88 años de edad. Su vida transcurrió al servicio de Dios y participó en 732 batallas. Hombre justo en las directrices de la guerra, muy decidido en la lucha contra los infieles, por lo que obtuvo una fama inigualable, y su nombre llegó a todos los países como el más famoso refrán ambulante. Cuando murió aún conservaba el polvo de las batallas, ya que perseguía incesantemente al jefe de los infieles y a sus secuaces. Así murió tranquilo, entregándose a Dios, después de haber cumplido sus obligaciones religiosas, ya que siempre mantuvo alta la espada, hasta el último momento, sobre la cabeza del rey cristiano. Llevó, pues, una vida llena de luchas sagradas y de resistencia, que acreditan su intención leal y su ventajoso comercio en favor del Islam. Se conmovió al-Andalus por su ausencia. Murió el segundo domingo del mes de dū-l-ḥiyya del año 730=16 septiembre 1330»<sup>54</sup>.

Al subir al trono Yūsuf I y hacerse cargo del poder después del asesinato de su hermano Muḥammad IV, nombró caudillo del ejército del sector occidental a su hijo el jeque Abū Tābit ʿAmir, que, como hemos indicado, había sucedido a su padre en la jefatura de la familia, el cual se hizo cargo, además, de la jefatura del Estado Mayor, desempeñándola con gran competencia y preocupándose por la buena marcha de los negocios militares. Participó en numerosos combates y obtuvo señaladas victorias contra los cristianos. El sultán llegó a tenerle estima, consideración y respeto y lo acercó a palacio y le atribuyó otras funciones en prueba de reconocimiento a los servicios prestados a la monarquía.

Era hombre comprensivo y de buen criterio que poseía excelentes dotes políticas, valiente, feroz y piadoso, a un mismo tiempo, que infundía gran respeto. Conocía perfectamente el alma humana y el carácter de quienes estaban a sus órdenes. Incluso hablaba los varios dialectos de los soldados que estaban a sus órdenes, cuyos corazones logró escudriñar, apreciando sus esperanzas y sufrimientos.

El 29 de rabīʿ I del año 741=22 septiembre 1340, poco después de la batalla de Tarifa, el sultán Yūsuf I ordenó a la guardia palatina la detención del jeque, la de sus hermanos y la de sus familiares, tanto los que vivían en la capital como los que habitaban en las provincias. Todo

<sup>54</sup> Cf., *Nafḥ*, c.s., I-428.

ocurrió de forma sorprendente y en breve tiempo. Le acusaron de mantener secreta correspondencia con el rey de Castilla y del propósito de abandonar Granada y quedar bajo las órdenes del monarca cristiano. Todos los detenidos fueron trasladados a la alcazaba de Almuñécar, prisión entonces de los prisioneros de guerra más distinguidos. Quedaron en severo régimen de prisión, aguantando terribles padecimientos, hasta tal punto que realizaban sus necesidades fisiológicas unos en presencia de otros. Fueron, pues, condenados a castigos casi insoportables, a pesar de que había entre ellos personajes notables y eminentes sabios<sup>55</sup>. Después les puso en un barco que, a través del Mediterráneo, los llevó a Africa, donde quedaron en Biyaya. Más tarde fueron trasladados, bajo estrecha vigilancia, a Túnez, ante el sultán Abū Barr ibn Abū-Zakariyyā al-Hafṣī. El monarca marroquí, que era entonces Abū-l-Hasan al-Marīnī, solicitó del tunecino que le entregara los prisioneros, para vengarse de ellos, alegando que habían participado en revueltas en Marruecos, desafiando y desobedeciendo al sultán. El rey de Túnez rehusó entregarlos porque los estimaba prisioneros políticos, pero ante la insistencia de su ministro Abū Muḥammad ibn Zafrayn, que aseguró el monarca marroquí no les castigaría, resolvió su extradición. Llegaron a palacio del sultán Abū-l-Hasan cuando éste regresaba de la guerra santa el año 742=17 junio 1341-6 junio 1342. Los recibió con generosidad y con simpatía atendiendo las indicaciones del de Túnez. Les agregó al ejército marīnī y les entregó caballos provistos de montura y estribos y además tiendas de campaña, asignándoles subvenciones y regalos y un sueldo fijo a cada uno de ellos. En definitiva, los integró en su reino<sup>56</sup>.

Sin embargo, no fue duradera su fortuna, porque malas lenguas aseguraron al sultán que estaba en relación con elementos descontentos y rebeldes y que tenían intención de independizarse en Ceuta y apartar esta ciudad del resto del reino. Esto motivó los consiguientes arrestos en la cárcel de Mequinez, en donde permanecieron hasta que subió al trono Abū Inān, quien los puso en libertad, y los utilizó en fines militares, aprovechándose de su experiencia y dotes guerreras. Designó jefe de la taifa al susodicho Abū Tābit, el cual le sirvió como espada de doble filo contra sus enemigos, tanto en época de guerra como de paz, por experiencia, competencia y decisión rápida. Murió este caudillo a finales del año 749=1 abril 1348-21 marzo 1349<sup>57</sup>.

Mohamed Kamal Chabana

<sup>55</sup> Cf., *Iḥṣāʾ*, apud. ms. escurialenses, I.673, f. 294 y ss.

<sup>56</sup> Cf., *Kitāb al-istiṣṣāʾ*, c.s., III-139.

<sup>57</sup> Cf., *Ibidem*.

(CONTINUARÁ)